

El nuevo líder

La política en Costa Rica y posiblemente también en muchos otros pueblos de América Latina, tiene todavía un sentido netamente electoral, como actividad específica para la renovación periódica de los cuadros humanos del gobierno. No se la entiende aún en su significado original y más trascendente, esto es como el arte de organizar y orientar la vida de una comunidad políticamente independiente, hacia el logro de sus auténticas aspiraciones. Pero a pesar de esta visión parcial y frívola de la política, los costarricenses parecen haber tenido siempre por la alternabilidad de los poderes públicos y por las reglas de juego que rigen su mecanismo institucional, una viva sensibilidad democrática. Sobre estas premisas casi instintivas han tenido lugar los procesos electorales, con apenas pequeños lapsos de anormalidad y de eventuales violaciones del sufragio.

Sin embargo, este estilo y sentido de la política están ahora en crisis. La política en tanto que mecanismo de renovación de los poderes públicos por la vía del sufragio universal y directo, se ha deteriorado por influencia de un proceso demográfico y social complejo, que ha tenido la virtud de alterar las creencias, ideas y normas de vida desde las cuales el costarricense tradicionalmente ha concebido el ejercicio del mando político y las condiciones humanas e intelectuales de los hombres llamados a asumirlo.

Una comunidad pequeña, de poca densidad social, generalmente logra una mayor jerarquización y un más alto grado de discernimiento de las distancias y de los valores, que una comunidad hiperpoblada. La explosión demográfica siempre trae algo así como una invasión de los bárbaros desde dentro. La Costa Rica de antaño, ya perdida para siempre, miró las cosas de la política con reverencia y fino sentido de las jerarquías y de los auténticos méritos ajenos, no obstante, como decíamos, las épocas de expectación y turbulencia que no pueden

faltar en la historia de todo pueblo. Pero con el incremento de su población durante estos últimos años y con la concentración urbana de una buena parte de esa población, como fenómeno concomitante, aquel marco humano e institucional solo tiene ya vigencia en las viejas generaciones y en el espíritu aun vivo de los principios ético-jurídicos que informan la vida nacional. Estamos también siendo invadidos desde dentro por los bárbaros. No hay tiempo, ni recursos, ni maestros suficientes para educar y civilizar este excedente demográfico. Resulta, entonces, que sobre las clases sociales estables del país, gravita una masa de características confusas, amorfa, dispersa e irresponsable. Son los que medio estudian y medio trabajan, los que llenan todas las noches los centros nocturnos de diversión, los que se aglomeran en torno a un accidente callejero y disponen de tiempo para presenciar las obras de infraestructura de un gran edificio, los que van a las tandas diurnas de los salones de cine y, los que se cuejan en las manifestaciones populares al acecho de una revuelta. Nada queda fuera de su alcance, ni la universidad, ni los sindicatos, ni los círculos literarios y artísticos, ni los partidos políticos, ni siquiera las instituciones del estado. Su acción disolvente sobre el sistema de vida, sobre las costumbres y normas de conducta, toma diversas formas, pero la más notoria es el desenfado, la actitud desafiante, el desconocimiento de las jerarquías, los gestos procaces y en fin el desprecio por los usos y maneras de una Costa Rica que nuestros próceres construyeron sobre cimientos supuestamente eternos e incommovibles.

Esta masa inestable e indefinida se recluta en todos los hogares y en todos los niveles, porque su naturaleza es más de tipo espiritual que social. De ahí la desgarrante crisis de muchas familias y del rumbo oscilante de nuestro sistema de educación pública. No tiene conciencia de clase, ni conciencia histórica y por eso no a-



Enrique Benavides

dopta una actitud propiamente crítica ante el sistema. Al contrario, en cierto modo lo apoya porque en el fondo sus aspiraciones no son otras que medrar de su lenta ruina, de su desintegración paulatina, de su largo proceso de descomposición. Su presencia ominosa, omnimoda, avasallante está fuera del control político. Ningún partido, ni siquiera los de izquierda que tanta sensibilidad proclaman para detectar los sentimientos populares, tienen en esas masas mando alguno. El partido comunista ortodoxo, porque no cree sino en el proletariado organizado, cuyo descontento o resentimiento puede encauzar por la vía de la acción política. Pero el proletariado, tanto obreros como campesinos, es una clase articulada al sistema, como la clase media y como la clase, digámoslo así, capitalista. El obrero y el campesino son, como tales, pilares de la organización social. Elementos de un orden jerarquizado, cuya existencia no

está jamás al margen sino dentro de nuestro destino general. La clase media, por otra parte, encauza sus ambiciones hacia la conquista de una posición cada vez más rectora del país. Pero estas masas sueltas y anarquizantes, cuya realidad no percibimos sino por ciertos fenómenos o manifestaciones dispersas, carece de cauce. Si bien su influencia en la vida nacional es incuestionable, no es ella propiamente quien la determina. Esa influencia se traduce en el relajamiento general de los valores, en una actitud indolente o despreocupada ante los síntomas de decadencia de nuestros gustos e inclinaciones culturales y, finalmente, en una suerte de escepticismo y aun de cínica renuncia a toda empresa realmente constructiva y revitalizante de nuestras instituciones. Y así es como, sin proponérselo, nos constituimos en cómplices del relajamiento y vulgarización de nuestra vida y de nuestros valores, compartiendo con las masas marginales, algunas de sus audacias y desplantes.

El éxito masivo de una literatura de bajos fondos, sin estilo ni calidad, es un reflejo, en cierto modo, de este enorme cambio que se opera silenciosamente, pero a la vista de quienes saben observar la cotidianidad de nuestra existencia desde perspectivas más sutiles. Pero a pesar de todo, no había encontrado este fenómeno expresión alguna en la política, sino hasta ahora, en esta campaña electoral. Una serie de curiosas coyunturas, que originó la dispersión de los grupos y sectores opuestos al partido en el poder, y dio al traste con todos los intentos de unidad, fue propicia para la aparición de una desproporcionada pluralidad de aspirantes a la primera magistratura del país. Y como el número suele conspirar contra la calidad, no sólo la clase obrera, la campesina, la media y la capitalista, han tenido oportunidad de identificarse con alguno de los candidatos, sino que también los desaprensivos y desadaptados, aquellos sin inhibiciones ni reservas, sin complejos de inferioridad, ni noción alguna de sus limitaciones, que quieren sentarse también a la mesa para servirse a manos llenas y comer a dos carrillos, han comenzado a intuir confusamente, pero con buen instinto, algo así como a su líder. El descubrimiento sorpresivo de que alguien, a su imagen y semejanza, pueda llegar a ocupar la jefatura del estado, confirma en ellos la convicción de la superfluidad de los libros, de la cultura, de las disciplinas intelectuales y de la hombría de bien. Pero no es esto lo grave. Lo grave es que la vacuidad espiritual de algunos sectores de la opinión pública encuentra, también, en ese síntoma insólito de decadencia política, el desahogo mordaz y cínico de todos sus resentimientos.